



María Belén Canto
Ingeniera en Recursos
Naturales y Medio
Ambiente | Universidad
Nacional de Salta
Fundadora de ACBA
ARGENTINA



HOY ELIJO NO QUEDARME CALLADA.

Frente a los cambios recientes en la ley de glaciares de la República Argentina, mi postura es clara: más allá de los argumentos que impulsaron esta reforma, el contexto actual no ofrece garantías suficientes para su correcta implementación.

No se trata de estar en contra del desarrollo, ni de negar la importancia de generar actividad económica. Se trata de preguntarnos, con honestidad, si contamos hoy con la capacidad real de controlar, fiscalizar y sostener en el tiempo decisiones que afectan recursos estratégicos como el agua.

Hoy, incluso, existen recursos naturales que ya no se gestionan de manera eficiente ni efectiva. Los sistemas de control presentan debilidades y en muchos casos, ni siquiera hay mecanismos suficientemente sólidos para auditar a los propios organismos de control.

Recuerdo que, hace más de 25 años, un profesor de Economía Ambiental en la universidad ya nos advertía sobre esto: sin organismos de control fuertes, independientes y eficaces, no hay política ambiental que se sostenga en el tiempo. Hoy, esa reflexión no solo sigue vigente, sino que resulta más evidente que nunca.

Y, además, es importante dimensionar el alcance del problema: no estamos hablando de unos pocos casos aislados. En Argentina existen más de 16.000 glaciares distribuidos en distintas jurisdicciones. Esto implica una complejidad enorme en términos de monitoreo, control y gestión coordinada.

En ese contexto, pensar en flexibilizar o modificar marcos normativos sensibles no parece un avance, sino un riesgo. La protección de los glaciares exige mucho más que un cambio legal: requiere instituciones sólidas, controles efectivos, respaldo técnico independiente y una articulación real entre nación y provincias.

Delegar responsabilidades no es un problema en sí mismo. El problema aparece cuando esa delegación no está acompañada por capacidades concretas. En ese escenario, las decisiones pueden quedar expuestas a presiones de corto plazo, en un tema donde las consecuencias son de largo plazo —y muchas veces irreversibles.

Esto me lleva a una reflexión inevitable: ya vimos lo que ocurrió con la expansión de la frontera agropecuaria. Provincias como hoy conservan menos del 3% de su bosque nativo.

¿Vamos a repetir la historia? ¿Nos quedaremos, en algunos años, con menos del 3% de nuestros glaciares?

Hablar de desarrollo sin capacidad de control no es progreso. Es riesgo. Y estos riesgos, son demasiado complejos de medir.

Con consecuencias irreversibles para los ecosistemas. Vamos a perder un valor incalculable por un precio que jamás lo equipará.